

Armand-Jean de Rancé, ¿un maestro de otros tiempos?

*Este artículo fue publicado en:
Osservatore Romano, del 28 de octubre 2000*

El carisma de la unidad y de la caridad.

“Permitidme imitar la pasión de mi Dios” Esta frase de Ignacio de Antioquía describe perfectamente la ardiente y fecunda búsqueda espiritual que ha marcado la vida del Reformador de la Trapa, Armand-Jean Le Bouthillier de Rancé, desde el instante de su conversión hasta el de su muerte, acaecida el 27 de octubre 1700, hace exactamente trescientos años.

El niño, nacido el 9 de enero de 1626, y apadrinado en su Bautismo por el Cardenal Richelieu, Armand-Jean du Plessis, y por la Marquesa d’Effiat, iba a manifestar desde su juventud una personalidad e gran relieve. Incapaz de gustar de medias tintas, con su lealtad, su valentía y el radicalismo de sus decisiones, Rancé supo hacerse querer y odiar, casi con la misma intensidad.

Los intereses de familia, y sobre todo la ambición de su padre, forzaron al pequeño al estado eclesiástico, sin tener vocación. ‘Por la mañana a predicar como un ángel, y por la tarde a acazar como un demonio’. Así describía su vida el mismo Rancé, transformado en un eclesiástico de corte, rico, guapo, inteligente y adulado por todos.

Pero la Providencia tenía otros proyectos. El año 1657 marcó el punto de rotura con aquel estilo de vida, y el inicio de una larga búsqueda, que debía conducirle, seis años después, a la conversión definitiva. En 1657 moría, de hecho, improvisamente, la Condesa de Montbazou, amada por él, y la enemistad del primer ministro, Mazzarino, determinaba su caída en desgracia y la retirada de la vida pública.

Desde aquel momento, en su castillo de Véretz, uno de los más hermosos de Francia, Rancé medita intensamente, ora, y pide consejo. Se va deshaciendo poco a poco de las distintas Abadías y prioratos que tenía en encomienda, cinco en total, y elige restaurar y vivir, pero todavía como Abad comendatario, en la Abadía de la Trapa, perteneciente a la Orden Cisterciense. Sólo el 17 de abril 1663, durante la salmodia de sexta, quedará marcado indeleblemente por las palabras del salmo 124, ‘Los que confían en el Señor son como el monte Sión es incommovible y permanece siempre’. Entonces decide hacerse monje. Después de un año de noviciado regular en la Abadía de Perseigne, se convierte en Abad de la Trapa, el 14 de julio de 1664. Desde ese momento se dedicó a la reforma de su Abadía con el entusiasmo de un neófito y la generosidad de su carácter fogoso y leal, despreocupado de los fracasos y de las numerosas dificultades que tuvo que superar en el transcurso de los últimos treinta y siete años de su vida. Las calumnias y las preocupaciones de que fue objeto, por parte de aquellos que juzgaban su obra como fruto del orgullo y de la presunción, no le hicieron apartarse de su propósito, por el contrario, lo hicieron más paciente y dócil a la voluntad de Dios, hasta tal punto, que el móvil de su vida parece que fue: ‘Inimicos diligere’. Su obra fue claramente bendecida por el Señor y, aunque comenzó con un puñado de discípulos, Rancé dejó a su muerte una comunidad floreciente, compuesta de noventa monjes. La fecundidad de la reforma trapense estaba destinada a perpetuarse a través de los siglos, y actualmente tiene monasterios de monjes y monjas extendidos por todo el mundo, que buscan una inculturación cada vez más específica en los lugares en que Dios los ha colocado.

Durante los largos años de su abadiado, Rancé supo ponerse a la escuela del Espíritu Santo; dejándose transformar y dulcificar en cada uno de los aspectos más ariscos de su carácter. Verdadero Padre en Espíritu, queridísimo de sus monjes, él supo transmitirles la pasión por Dios que llenaba su corazón. La unanimidad con que, tanto el Abad como los monjes, continuaron, durante años, siendo fieles a las opciones hechas en el momento de su profesión religiosa, manifiesta la gran importancia dada a la vida fraterna, basada en el ejercicio continuo de las virtudes teologales de la Fe, Esperanza y Caridad. La vida

sacramental – sobre todo la Eucaristía – muy concreta y profunda, y la oración, son los lugares en que, bajo la guía y acción del Espíritu Santo, los monjes reciben fuerza para mantenerse recíprocamente en la búsqueda de Dios, para gloria de su Nombre.

Uno de los capítulos más hermosos de su obra principal, ‘De la sainteté et des devoirs de la vie monastique’, es aquél en que Rancé habla del amor para con Dios y para con los hermanos, y pone las bases de la vida comunitaria, haciendo suyo el capítulo 17 del Evangelio de San Juan, y de la 1 carta de San Juan.

La comunidad es, por consiguiente, el lugar de santificación del monje. Verdaderos amigos del Esposo, los hermanos testimonian y mantienen recíprocamente la fidelidad a Cristo, y en Él viven como hijos del Padre. ‘La caridad es el vínculo y el fundamento de las comunidades monásticas. Lo mismo que las forma, también las conserva. Permite que los hermanos vivan, según la ley de Dios, en armonía, en una santa comprensión, y que carguen todos juntos con el yugo del Señor, Humero uno, con un solo corazón, un solo espíritu y una sola voluntad’ (Sainteté et devoirs ... I, p. 322, Paris 1701). Rancé traza así los cimientos de la vida comunitaria.

El otro punto fundamental de la enseñanza de Rancé es la imitación de Cristo, que hoy diríamos ‘sequela Christi’. Él pone de relieve sobre todo la obediencia filial al Padre y la humildad de la que Cristo nos ha dado ejemplo durante toda su vida terrenal. Con la imitación se llega a la conformidad con Cristo, a la transformación profunda, a la purificación del corazón y a la sencillez, porque Dios es simple. Afirmaciones estas de gran profundidad, que atraen nuestra atención hacia el verdadero motor de la vida interior, señalado por el Abad de la Trapa: el amor de Cristo. La enseñanza de Rancé es muy austera, pero al mismo tiempo llena de serenidad, de paz y de equilibrio. Precisamente en los temas de la abnegación, de la humildad y del sacrificio se puede recoger la intensidad de estos aspectos. Por lo demás, la Iglesia, a través de los directores de conciencia más seguidos en su tiempo, l’*école française* en primer lugar, proponía la importancia, más aún, la necesidad de la abnegación, de la purificación del corazón, del sacrificio, a imitación de Cristo Salvador, para vivir la conversión en un siglo en que la exaltación del YO, en sus manifestaciones más deterioradas, se había convertido en el alma de una sociedad cada vez más mundana y superficial.

El heroísmo de su fidelidad hizo famosa la fidelidad de la Trapa y a su Abad, y legendario su estilo de vida. No tenemos que extrañarnos de esto. Rancé había tomado como maestros suyos a los Padres del desierto, a los antiguos Padres de la Iglesia, a los fundadores de la Orden Cisterciense y a San Bernardo, al que él amaba tanto que era llamado ‘el nuevo San Bernardo’. Con estas preferencias había elegido, al mismo tiempo, un cierto tipo de escuela de espiritualidad. Y con esto no han quedado al margen del discurso teológico, sino que se han colocado en el corazón mismo de la teología, transmitiéndonos su experiencia de comunión profunda con Dios.

Rancé permaneció aferrado al aspecto cristológico y pneumatológico de aquella doctrina, lo que significa hacer de la santidad de Dios el eje de todo el discurso teológico y espiritual; que quiere decir, fundamentarlo en el mismo misterio íntimo del Verbo encarnado, y en el vínculo del Antiguo y Nuevo Testamento. A nivel moral, - ‘la obediencia hace al monje’ - se basa, precisamente, en la imitación de Cristo y en su acto de amor obediente al Padre (Sainteté et devoirs ..., I, p. 132). Los hermanos forman una comunidad que ‘encuentra su modelo y su dinamismo unificador en la vida de unidad de las Personas de la Trinidad. (Vida fraterna en comunidad, 10).

Si alguna virtud era evidente en la vida de la Trapa, ésta era la caridad, vivida en todos sus aspectos.

¿Como responder pues, a la pregunta anunciada en el título e este artículo?

Los recientes Documentos del magisterio ‘Vita consecrata’ y ‘Vida fraterna en comunidad’, con sus bases teológicas muy fuertes, parecen dar, indirectamente, un aspecto carismático muy actual a la enseñanza de Rancé. De hecho, ellos subrayan numerosos temas que él mismo tomó

Como fundamento de su Reforma.

En la renovación actual de nuestra vida monástica, siguiendo el magisterio de la Iglesia, y respetando la adaptación impuesta por los cambios culturales, es fundamental volver a la doctrina de los Padres antiguos y de los fundadores de la Orden, al estudio de la Sagrada Escritura, y a la verdadera Teología, que se inspira en la profunda unión con Dios.

Los monjes trapenses de hoy, en este campo, se esfuerzan por vivir la ascesis en la dinámica de una alegre fraternidad de comunión en la caridad, en una vida claustral, contemplativa, escondida, en la fidelidad a la Regla de San Benito y en la doctrina de los Padres del Cister, y se hacen, así, parte viva del misterio nupcial de Cristo y de la Iglesia.

Desde la Trapa, a través de los siglos, llega hasta nosotros un mensaje de fuego, y sabemos que sin memoria no hay futuro.

Traducido por el Padre Valeriano Rodríguez (Escolapio).

Este artículo fue publicado en: Osservatore Romano, del 28 de octubre 2000.